

Inauguración Centro de Investigaciones Médicas, Aula Magna, abril 19 de 1990.

Creo que se pueden comprender fácilmente mis sentimientos al concurrir a la inauguración de este Centro. Soy médico, soy profesor en esta Facultad, me he dedicado durante más de treinta años a la investigación biológica en la universidad, veo en torno a mí a quienes fueron mis alumnos, he sido testigo de inquietudes que los han movido desde sus días de estudiantes, y me siento profundamente ligado a este proyecto suyo de darle al país un centro de trabajo científico expresamente consagrado a la investigación médica.

A otros les corresponde explicar los diversos aspectos y proyecciones de esta obra. Yo quiero detenerme muy brevemente sobre algunas lecciones que ella entrega.

La Facultad de Medicina reafirma aquí algo que le es muy importante. Nuestra Facultad nació hace ya sesenta años, poniendo un énfasis muy decidido en la ciencia, y especialmente en la ciencia experimental. Cada creación universitaria tiene su fisonomía propia, la que se hace más acusada en el curso de su historia. Hay distintas maneras de orientar o concebir una Facultad de Medicina, todas ellas válidas y posibles. Nuestra propia orientación se halla marcada por la ciencia, y singularmente la ciencia natural. Sabemos muy bien que ésta es difícil de separar de la tecnología, pero no podemos olvidar ese énfasis fundacional. Hay grandes problemas científicos que pertenecen propiamente a la Patología, más que a cualquiera otra de las disciplinas biológicas. Quisiéramos que esos problemas no perdieran nunca vigencia entre nosotros, ni siquiera para ceder su sitio a los avances técnicos en el arte de curar. Quisiéramos guardar ese sello distintivo que nos ha dado una vida fecunda y del cual esperamos mucho todavía.

Los últimos treinta años han presenciado un avance espectacular en la Biología, el que ha removido hasta las bases de la investigación médica. Me refiero a la Biología Celular y Molecular, que ha generado una Patología Celular y Molecular. Hacen ya casi ciento cincuenta años, que en el primer gran envión de la Biología moderna, Rudolf Virchow introdujo la noción de Patología Celular, calificándola orgullosamente como la patología del futuro. Tenía razón, y la historia justificó su afirmación. Pero creo que mucho más razón tendríamos hoy si calificáramos de patología del futuro a la nueva Patología Celular y y a la Patología Molecular. Son ellas las que están abriendo camino a la comprensión de lesiones degenerativas de enorme prevalencia, como la aterosclerosis o la enfermedad de Alzheimer; las que han desarrollado la inmunología y el conocimiento de la defensa orgánica a un ritmo vertiginoso; las que están aclarando la biología de los tumores; las que están cambiando la comprensión de cuadros patológicos en todos los aparatos y sistemas, y que como concepción científica están dotadas de una fuerza unificadora y de un valor heurístico incomparables. No quisiera pensar que estamos simplemente inaugurando un edificio. Estamos dándole paso a un proyecto, el proyecto de instalar sólidamente en nuestra Facultad de Medicina, no sólo la investigación sobre especialidades médicas, ya bastante avanzada, sino la

investigación sobre los procesos celulares y moleculares que están en la base de toda Patología. No queremos hacer lo que está ya hecho sino lo que está por hacerse.

Y nadie debería pensar que este género de investigaciones nos sea técnicamente inaccesible o que no tenga significación para el país. Hay enfermedades que tienen en Chile una prevalencia excepcionalmente alta, como es el caso de las de hígado y vías biliares. La contribución que se ha hecho desde aquí a su conocimiento ha sido notablemente alta y está íntimamente relacionada con los temas que mencionaba. Y finalmente, hay enfermedades infecciosas, como es el caso de las salmonelosis, que son un problema de salud central en nuestro país, mientras que no lo son tanto en los países líderes de la investigación. El desarrollo de sistemas de diagnóstico o de vacunas, no se puede encarar hoy día sino a partir de la biología celular y molecular de las bacterias.

Por su parte, al establecer esta creación, la universidad le está diciendo a la sociedad, que el trabajo científico le parece crucial. Esto es necesario repetirlo, porque hay veces que las actividades cuyo impacto práctico no es inmediato, no son bien comprendidas. Los universitarios suelen perder su tiempo quejándose de esa incompreensión real o presunta. Pero la verdad es que si la propia universidad no muestra interés por la ciencia, no se esfuerza por ella, no la propone a la sociedad como una actividad de primer rango, no explica su trascendencia ¿cómo puede quejarse después de que la sociedad no la entienda ? Hay una tarea pedagógica de la universidad, una tarea que se orienta a todo el público, para decirle que el saber es la más alta de las empresas del hombre, para convencer, para atraer, para mostrar que esta aventura de la ciencia es digna del hombre, es digna de nuestra patria y necesaria para ella.

Esta obra que inauguramos es una obra de muchos. Ya lo han oído ustedes. Salidos a buscar, hemos encontrado gran comprensión, hemos hallado personas que deseaban ayudar, que estaban dispuestas a hacerlo y que compartían desde afuera las mismas inquietudes que nos agitan dentro de la universidad. Esta comprensión se ha visto ayudada por ese poderoso motor del progreso cultural que es la legislación sobre rebajas tributarias otorgadas a las contribuciones al desarrollo universitario. A través del estímulo público y privado, hemos reafirmado la fe en la obra que estábamos empeñados en hacer. Sabemos que la cultura nacional y sus grandes empresas tienen amigos en Chile, sabemos que, cuando una obra supera de lejos las posibilidades materiales de la propia universidad, pero responde a sus fines más importantes, va a encontrar una respuesta positiva, una voluntad de ayudar al progreso. Nos sentimos así parte de un entorno cultural al que no somos extraños, que nos enriquece espiritual y materialmente, y a cuyo adelanto podemos aportar.

Nos alegramos de que nos acompañen autoridades de gobierno y municipales, que sean testigos de esta expresión de gratitud y de esperanza para nuestro porvenir universitario.

Porque la universidad va a progresar en la medida en que el país la sienta suya. En la medida en que ella busque mostrarles a sus compatriotas la trascendencia de su labor, y en la medida en que estos se hallen movidos por anhelos de bien público. Le damos gracias a Dios, que mueve los corazones de los hombres y de quien proceden todos los bienes, porque nos ha inspirado una palabra justa que decirle a la sociedad, y porque ha puesto en muchos benefactores el deseo de responder a la colectividad nacional, ayudando a la ciencia para el bien de los hombres.